

# *El viaje de Sofía*

Maia Muñoz

*El viaje de Sofía*

*Maia Muñoz*

*Diseño portada: Carlos Bruto*

©Brutobooks



—¿Por Dios, qué pasa Sofía? —contesta Lourdes adormilada—. Son las dos de la madrugada, ¿no estarás otra vez...?

—No es lo que crees, necesito que vengas al departamento ahora mismo, es urgente.

—¿Ahora? ¿Estás de broma? ¿Qué haces ahí? ¿Y por qué hablas así?

—Tengo que contarte algo muy importante... tienes que ayudarme.

—Joder, Sofía, mañana tengo clase... —dice Lourdes volviendo a su habitación, incómoda por el contacto de sus pies descalzos con el frío mármol del suelo—. ¿Qué coño haces en el departamento? —añade deteniéndose en la puerta y mirando su cama deshecha.

—Tienes que venir, es muy importante, creo que he descubierto algo. Puede que nos sirva para entrar en el proyecto de la ESA... —Sofía muerde la uña de su dedo anular después de limpiarse el sudor de la frente. Lourdes tarda en procesar la información. Se frota los ojos—. ¿Me oyes, Lourdes? Tienes que venir, ven, por favor...

—¿Es algún truco? —Libera las braguitas presas entre sus nalgas y se apoya en el marco de la puerta—. Dijiste que no ibas a...

—No, no, no. No es eso, te lo he dicho...

—¿Entonces qué!

—No puedo decírtelo por teléfono, es mejor que vengas.

—¿Cómo que no?... Sofía, te voy a colgar —Aprieta los dientes y estira la camiseta XXL que usa como pijama—, no estoy para tus jueguecitos, es lo que me faltaba...

—No cuelgues, por favor —Apoya la espalda en la pared y cierra

los ojos—. No son juegucitos, tienes que ayudarme ahora.

—Estás... —se arrepiente de lo que iba a decir—. Si no me dices ahora mismo lo que pasa —insiste Lourdes cabreada—, te cuelgo y me voy otra vez a dormir.

—Por favor... —gimotea Sofía y desliza su espalda por la pared hasta sentarse acurrucada en el suelo—, tengo miedo, no sé a quién llamar, y no sé qué hacer...

—¿Pero qué coño te pasa, chiquilla? ¿Te han hecho algo?

—No.

—¿Tienes las pastillas?

—Sí.

—Respira con tranquilidad —Lourdes se lleva la mano a la frente. Cierra los ojos—. ¿Crees que es normal llamar a alguien a las dos de la madrugada sin decirle el motivo?...

—¡Tú no eres alguien!... Puede que esté haciendo mil millones de llamadas y todas sean para ti.

—Mil millones... ¡qué dices!... A ver... —Se impone paciencia y entra en su dormitorio—, vamos a tranquilizarnos... ¿Puedes decirme por lo menos de qué tienes miedo? —Se sienta en la cama a oscuras y mira frustrada el despertador. La luz del pasillo penetra en la habitación como una amenaza.

—No sé qué hacer... —Sofía se incorpora del suelo ágilmente—. Estoy asustada... Es... sobre la Teoría de los Espejos...

Lourdes se tensa como un arco. Sofía empieza a caminar en su pequeño despacho esquivando algunos aparatos electrónicos colocados provisionalmente en el suelo.

—¡Creí que habías dejado eso! ¿Qué ha pasado?

—He descubierto algo... —Se gira con rapidez y mira algunos datos en una pantalla acomodada sobre una silla—. Creo... creo que he creado un puente de Rahján. Lo he construido Lourdes... ¿Lourdes?... ¿Estás ahí?...

—¡Un puente! —Lourdes se levanta de la cama, arruga la cara y se lleva la mano a la nuca—. ¿Qué coño quieres decir? —pregunta con vehemencia. Sofía se imagina los vivos gestos de Lourdes—. ¿Has

desarrollado las ecuaciones?

—Lo he construido, lo he hecho...

—¿Has construido un puente?... ¿Me estás tomando el pelo?

—Tienes que creerme, estoy casi segura, necesito enseñártelo, no te arrepentirás, te lo prometo —Su voz gana afecto y pierde agobio—, solo te tengo a ti, Lourdes, por favor...

—Joder, Sofía, no puedes chantajearme así... ¿Qué vas a enseñarme?

—El puente.

—El puente... —repite Lourdes, sopesando sus alternativas—. No puedo creer que hables en serio.

—Si no vienes, voy a cometer alguna locura, me conozco...

—No soporto tus chantajes... Creí que habíamos pasado página con eso. ¡Joder, estoy en la cama!...

—No es un chantaje —replica con voz temblorosa—, es la verdad, estoy muy nerviosa y asustada.

—Pues no hagas nada y vete a dormir... —Se muerde la lengua—. Mañana por la mañana hablamos. No hagas nada, ¿me oyes? Vete a casa y...

—Tengo que tomar una decisión ahora.

—¿Una decisión sobre qué?

—Sobre viajar...

—No quiero ni preguntártelo. ¿No podemos hablar mañana?

—Te voy a colgar —dice Sofía resignada, gimoteando.

—No sé qué coño tramas —Lourdes suspira con fuerza—. De verdad, ¿no puedes esperar a mañana? Mañana me enseñas lo que quieras.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—Te lo diré cuando vengas —sorbe con fuerza los mocos.

—¡Joder, Sofía!... ¿Y cómo quieres que entre ahora en la Facultad?

—Te esperaré en la puerta de emergencia del Aula Magna, la que está al lado del césped, puedo abrirla desde dentro.

—Te dije que no siguieras con eso, te lo dije, y Alfonso también...

Joder, a quien le cuente yo esto... Espero que no te hayas cargado nada, ¿por eso me llamas?

—No es eso.

—¿Y cómo lo has hecho? ¿Y dónde? Y que conste que no te creo.

—Tienes que verlo con tus propios ojos.

—No te creo...

—¡Bueno, ya está! Si no quieres venir, pues adiós.

—Joder, iré, iré pero... eres... ¡Cómo sea uno de tus trucos, te enteras! Tardaré media hora por lo menos. En media hora nos vemos en la puerta del Aula Magna. Espérame y, sea lo que sea, no hagas nada. ¿Entendido?

—No te arrepentirás, gracias Lourdes, muchas gracias. No te llamaría si no fuese importante, gracias.

Lourdes corta la llamada y tira el teléfono sobre la cama con mal genio. Se caga en la puta madre que parió a Sofía antes de pensar durante un momento que, después de todo, a lo mejor gracias a ella consigue colaborar con la ESA. La poca credibilidad que confiere a su relato no logra silenciar la sospecha de que está ocurriendo algo extraordinario.

Sofía, liberada momentáneamente de su inquietud, contenta porque ha conseguido lo que quería, coge su bolso y va al cuarto de baño para restituir lo que el duro trabajo, los nervios y el sudor le han arrebatado.

A las dos y media de la madrugada, con una larga cola de caballo y sus vaqueros ajustados, con los ojos todavía hinchados y el mal humor afinado, Lourdes aparca su coche cerca de la entrada de la Facultad y se dirige a la parte trasera del Aula Magna. La calle duerme bajo el luminoso e intermitente sueño de los semáforos. La humedad del ambiente la envuelve y le transmite una rara sensación cuyo origen no sabe concretar, como si todas las cosas que la rodean tuviesen vida, o como si la noche advirtiese su presencia.

Cuando llega al punto de encuentro acordado no ve a Sofía y piensa que es objeto de una broma o tal vez víctima de una venganza. Se da cuenta de que la puerta metálica de emergencia no está cerrada y la abre despacio descubriendo más oscuridad. Entonces llama por teléfono a Sofía sin obtener respuesta y, contrariada, piensa en volver a casa. No obstante,

decidida pero temerosa, se adentra en el edificio y cierra la puerta como si cerrase el resto del mundo. Los fantasmas que duermen en el impresionante paraninfo se agitan en sus butacas y Lourdes siente la imparable y sagrada vibración del saber científico.

Se encamina a paso rápido hacia el departamento, abriendo la oscuridad con la exigua luz de su móvil y la inevitable sensación de que forma parte de una película de terror. Cada pocos pasos, avanzando como una rata por un laberinto, mira hacia atrás para protegerse de un posible sobresalto pero al poco tiempo deja de hacerlo por la misma razón y procura combatir el miedo maldiciendo en voz baja su peculiar amistad con Sofía.

Justo después de abrir la puerta del departamento con su llave, Sofía la sorprende arrojándose sin pudor a sus brazos.

—¡Gracias por venir, gracias, me alegro de que estés aquí!...

—Joder, qué susto me has dado... Tranquila —dice Lourdes aliviada por la luz del departamento, dando golpecitos con la palma de la mano en la espalda de Sofía, más baja que ella y agarrada con fuerza a su cintura—. Vamos para adentro —Lourdes mira a ambos lados del oscuro pasillo con la sensación de que algún peligro la acecha, esperando que Sofía la suelte—. Creí que no estabas, no he visto luz en tu despacho desde la calle. ¿Por qué no me has esperado en el Aula magna?

—Tenía miedo y vine corriendo a encerrarme en el departamento... Oía un ruido extraño.

—No me extraña.

—¿El ruido?

—No, tu miedo... Ahora cuéntame qué te ha pasado.

Por fin entran en el estrecho corredor escasamente iluminado que da principio y fin al departamento y antes de que Lourdes cierre la puerta, una ráfaga de viento se cuela como un animal asustado y agita los numerosos folios que empapan el tablón de anuncios.

—Joder, ¿de dónde viene eso?

—El edificio está vivo —contesta Sofía.

—Cuéntame qué ha pasado —insiste Lourdes conduciéndola hacia dentro con una mano.

—¡Qué bien que estés aquí!... Creo que lo he conseguido,



Lourdes —Observa atentamente su reacción—, y estoy asustada, no sé qué hacer porque ahora puede pasar cualquier cosa... —se atropella al hablar—, no tengo claras las consecuencias, tampoco los cálculos... creo que he cruzado el horizonte de sucesos, más bien todas... tal vez yo no sea yo aunque de todas formas lo sería pero...

—¡Eh, eh, eh, tranquila!, relájate, vamos por partes. Explicámelo despacio y por orden.

—Espera —Sofía se escabulle y cierra con llave la puerta del departamento. Después regresa corriendo y coge la mano de Lourdes.

—¿Dónde me llevas? No estoy para tus juegucitos.

—Te lo voy a enseñar—responde Sofía aligerando el paso.

—¿Seguro que te has tomado las pastillas? Te noto muy nerviosa...

—Puedes estar tranquila —responde con cierto desdén—, y yo también estoy tranquila, bueno, todo lo que puedo... Iba a volverme loca, creí que no ibas a venir... Gracias otra vez por haber venido, no lo olvidaré —Se detiene y la mira intensamente—. No te arrepentirás. Ven por aquí. Te lo voy a enseñar, aquí, aquí —Entran en su pequeño despacho.

—¡Qué coño es esto!... Joder... ¡Qué has hecho aquí! Alfonso te va a matar. ¿Todo esto va en serio?... Por eso no veía luz desde la calle... ¿Para qué has puesto eso en la ventana?...

—Te lo he dicho...

—Estoy empezando a preocuparme seriamente... —dice Lourdes nerviosa sin dejar de mirar a todos lados—. Parece que estamos dentro de un horno... —Se gira sobre sí misma contemplando con asombro toda la parafernalia tecnológica que las rodea.

—He convertido el despacho en un puente. Este es el puente —dice Sofía con una sonrisa infantil, halagada por la perplejidad de Lourdes—. Y creo que lo he cruzado.

—¿De verdad crees que has creado un puente de Rahján aquí? —Lourdes la mira fijamente antes de girarse de nuevo para contemplar la profusión de cables y el agobiante y brillante revestimiento de papel de aluminio de las paredes, las series armónicas de placas metálicas, los condensadores, los espejos, los ordenadores y el resto del material de laboratorio que es capaz de reconocer—. ¿De dónde has sacado todo

esto?... Eso es mío... y esto es de Eugenio, ¿no? —Sofía asiente—. Lo dejarás mañana todo en su sitio, supongo... ¿Y esto?... ¿Sabes lo que estás haciendo? Todo esto vale mucha pasta —Después de observarlo todo una vez más, temerosa de enfrentarse a las explicaciones de Sofía, concentra de nuevo en ella su enojada mirada—. ¿Eres realmente consciente de lo que me estás diciendo o es que te has vuelto loca del todo?

—Loca... ya estaba ayer... —contesta sorprendida Sofía, sonrojándose—. Pero esta noche lo he hecho, Lourdes, lo he hecho, estoy casi segura —insiste con entusiasmo—, todo lo he hecho basándome en Rahján, todo estaba en su teoría, solo hacía falta saber leerla y conciliarla con la de Preston y Tanguy. También he construido un pequeño interferómetro de ondas gravitacionales que trabaja con... sé que suena a locura pero es verdad, es pequeño pero he podido aislar mucho ruido, le afecta muy poco el aire, lo he testado varias veces, y ha indicado algo parecido a una interferencia completa y... y...

—¿Y dices que ya has probado el puente?

—Sí, te lo puedo explicar, si quieres leerlos... —Señala una pantalla sobre una estantería sin dejar de moverse, emocionada—. También hay una lectura disparatada de la radiación de microondas que tampoco sé explicar, y... y... además un analizador cuántico de resonancia magnética ha dado resultados muy raros...

—¿Analizador cuántico? —La interrumpe Lourdes rápidamente—. ¡Eso es un timo!

—Lo sé, lo sé. ¡Sabía que no tenía que decírtelo!... olvida lo del analizador...

—¿Y qué más no quieres decirme?

—Sabía que lo interpretarías mal, solo lo he utilizado como medición auxiliar, lo he trucado y... bueno, da igual, lo importante es que los demás resultados son básicamente incongruentes, tengo que replantearlos, no estoy en disposición de darles una explicación coherente pero prueban que ha ocurrido algo inaudito y estoy prácticamente segura de que... no me mires así, es difícil de explicar... y también he sentido náuseas, he sentido el viaje, Lourdes, lo he sentido...

—¿Has viajado tú misma? —dice Lourdes sorprendida. Sofía

esconde la mirada y Lourdes sube el tono de voz e imprime a sus palabras una autoridad exagerada—. No te creo... ¿Qué estás tramando?

—Escúchame, por favor, solo déjame explicártelo. Después haremos lo que tú quieras.

—Te voy a escuchar porque estoy aquí, aunque no debería estar aquí...

—Pues no solo estás aquí —La interrumpe— sino también en millones de departamentos más.

—¿Qué?

—Piensa por un momento que tengo razón —dice suplicante Sofía—. He traspasado el horizonte de sucesos y he conectado con los demás universos. No puedo demostrártelo pero puedo sentirlo...

—Ah, vaya, a partir de ahora nos dedicaremos a sentir los experimentos, es una buena idea, podemos iniciar una nueva e interesante rama de la Física.

—No te burles de mí... Desde que... mi madre murió he estado trabajando intensamente para conseguirlo, se lo debía a ella, lo he hecho por ella... y también por ti.

—¿Por mí? No digas eso ni en broma...

—Sabes que es cierto —Sofía no puede dejar de admirar el largo cuello de Lourdes, por sí solo motor de sus sueños.

—Lo has hecho por ti y nada más.

—Nunca me crees —dice Sofía enfurruñándose como una niña.

—Carlos tenía razón, dormías aquí en el laboratorio muchas noches.

—Y esta noche —Sofía se sobrepone a la programada indiferencia de Lourdes—, en todos los universos paralelos, yo y las demás Sofías hemos consumado el primer viaje entre mundos... Eso es lo que creo. Rahján estaba en lo cierto, ¿te das cuenta? Eres una testigo privilegiada. Puedo llamarle y decírselo, podemos hablar con él, vendrá aquí, será un triunfo para el departamento, para mí y para ti, hasta podríamos financiar el proyecto o podríamos hacer juntas lo que quisiésemos...

—¿Pero de qué hablas! ¿De qué viaje me hablas si estás aquí? No entiendo nada. ¿Es algún tipo de broma? ¿Otra vez me vas a dar la tabarra

con esa estúpida teoría?

—No es estúpida, nadie la ha refutado.

—Sabes que ese hombre es solo un multimillonario con un excelente equipo de marketing, eso es lo que es... Más chamán que científico y tú te dejas...

—Tú solo has leído su opúsculo y con ideas ya preconcebidas, me lo has reconocido varias veces.

—No voy a perder el tiempo en hablar de esto, y créeme cuando te digo que además de no creerte... —Se oye un ruido extraño, como un cascabel afónico de gran potencia—. ¿Qué ha sido eso? —pregunta Lourdes asustada. Sofía niega con la cabeza.

—Será alguna máquina de arriba...

—O el sonido de mi cabreo —añade Lourdes—. Estoy bastante cabreada contigo por haberme hecho venir para esto... —Mira a su alrededor. Resuella y gira rápidamente la cabeza y clava la mirada en Sofía—. ¿Qué quieres que yo haga? ¿Para qué coño me necesitas?

—Me hablas con desprecio y no lo merezco —dice Sofía apocada y consciente del efecto que en ella tienen las palabras de Lourdes—. No estás abierta a escucharme, tienes escrito el no en la frente, pero bueno, estoy acostumbrada. Por si te interesa, también he detectado variaciones enormes e inexplicables de temperatura, durante tres centésimas de segundo, está ahí registrado, y no es un error de medida, ¿cómo explicas eso?

—¿Tres centésimas? —pregunta Lourdes con soberbia—. ¿No dudas de lo que dices?

—Sí —replica Sofía—. ¿Y tú?

—¿Y ese espejo grande?

—Para verme, durante el... viaje, sí, el viaje. No he dejado de verme y he sentido una minúscula vibración, ya te lo he dicho, y un poco de náuseas, he sentido algo raro, y después he visto esas extrañas lecturas de microondas... —balbucea—, el interferómetro y todo lo demás... Por lo menos míralas.

—¡No quiero oír más, es muy tarde, lo único que quiero es irme a dormir!

—¿Y si tengo razón? Creo que no entiendes la importancia de lo

que te estoy diciendo.

—Creo que sí la entiendo, futura Nobel. Creo que tanto trabajo... y por supuesto lo de tu madre te están pasando factura. Lo que me estás diciendo es imposible de creer, ningún físico creerá que has viajado... y que has vuelto... por unas lecturas equivocadas, ¡estás más loca de lo que pensaba!

—Lo sé, lo sé, estoy loca... Entiendo que no lo creas pero me duele que no confíes en mí... pero Rahján sí lo creerá, ya verás. Entonces todos me daréis la razón y tendréis que disculparos conmigo. Él podrá...

—Seguro que seréis muy buenos amiguitos...

—¡No te rías más de mí!, siempre te ríes de la gente, es algo que no me gusta de ti. Es tu perversa forma de relacionarte con los demás —dice Sofía con mirada torva. Lourdes frunce el ceño—. Lo siento, estoy muy nerviosa... lo siento. En realidad no me preocupa tanto conocer a Rahján, me da igual, bueno, no me da igual pero... Te diré lo que más me preocupa —Los brazos y su expresión decaen. Sus ojos se llenan de lágrimas—. No me importan tanto las consecuencias positivas del experimento como la desincronización que haya podido causar entre los diferentes universos en mi primer viaje —Pone una mano sobre la frente para detener su inquietud—. Eso sí que es fuerte, eran universos idénticos y a partir del viaje empezarían a ser diferentes, cambiarían muchas cosas, no puedo ni imaginar las inmensas consecuencias...

—¡Quieres parar de moverte! —exclama Lourdes contagiada por el desasosiego de Sofía—. Siéntate, relájate y cuéntame despacio lo que te preocupa. Ve al grano o me iré yo a la cama. ¿Hay café hecho?... Déjalo, da igual.

—Voy a ir al grano... pero no de café —Sonríe Sofía.

—No tiene gracia. No estoy para tus gracias. No bromees, no se te da bien.

—Vale, está bien... me tranquilizo... está bien... Resumo... Vamos a ver... —Sofía resopla con fuerza—. El primer viaje, el que acabo de hacer... estaba bastante asustada pero no lo suficiente porque creía que iba a fallar cualquier cosa, que no lo conseguiría y... todo apunta a que sí...

—Ve al grano, por favor —la interrumpe—. Y relájate, por Dios.

Yo no veo que haya pasado nada malo, tranquilízate, mujer —habla para las dos.

—Vale, me relajo, me relajo... —Respira con fuerza varias veces antes de continuar. Se sienta en el borde de la mesa, cruza los brazos para contener sus nervios pero inmediatamente se pone en pie y vuelve a caminar de un lado a otro—. Partimos de la base de que según la teoría de Rahján hay miles de millones de universos paralelos idénticos entre sí, eso lo sabes, lo ha demostrado con...

—¡Al grano!

Sofía da un respingo.

—Como todos los universos son exactamente iguales —Sofía por fin se detiene y se concentra en sus explicaciones—, resulta que en el primer contacto entre ellos, ese contacto que creo acaba de producirse hace un momento en este despacho antes de llamarte —habla muy rápido—, todas nosotras, o sea todas las millones de Sofías de todos los mundos alternativos idénticos hemos viajado al mismo tiempo y por tanto hemos llegado también al mismo tiempo a un horizonte de sucesos teórico común y después hemos vuelto y aterrizado también al mismo tiempo en los diferentes mundos o universos, todavía idénticos. O si prefieres decirlo de otro modo, hemos regresado al mismo mundo del que habíamos salido, que para el caso es lo mismo ya que, te lo digo otra vez, todos los universos son, bueno, eran iguales... —Sofía hace pequeños círculos en el aire con sus dedos índice—. En realidad ha habido como un escape y redistribución de energía... ¿Hasta aquí me entiendes? —Lourdes asiente—. No lo dices convencida. Lo que quiero decir —Se seca el sudor de la mano en su vieja camisa estampada de flores y después la levanta suavemente imitando a un avión— es que el viaje que cada una de las millones de Sofías hemos hecho para cruzar a un universo paralelo no ha sido perceptible ni aparentemente visible ni trascendente pues no ha habido diferencia alguna en la salida y en la llegada de ese viaje ya que todas nosotras y nuestros mundos eran exactamente iguales y ninguna de nosotras lo ha notado. Hemos llegado al mismo sitio del que habíamos salido, ya sea el mismo u otro mundo diferente, todas hemos viajado —Se gira y señala con el dedo— desde ese sillón y hemos llegado a ese sillón, idéntico en todos los mundos. Digamos

que en la práctica no parece que hayamos viajado a otro mundo porque todos ellos son iguales, y todas nosotras también, ¿me explico?

—¿Entonces qué problema hay? ¿Quieres que te den el Nobel por haber hecho posible que las cosas sigan como siempre? ¿Y por qué dices que eran iguales y no que son iguales?

—Sería un Nobel interesante —Sofía se queda un momento pensativa—. Dar el Nobel por no hacer nada... eso significaría que el mundo funciona muy bien... —Por primera vez se fija en las ojeras de Lourdes y es consciente de que le gusta mucho sin maquillar—. No me has dejado terminar. Lo más importante, el problema si quieres, o el desajuste, se plantea ahora. En realidad lo he planteado yo, más bien todas nosotras, porque como te he dicho, aunque parece que no nos hemos movido, creo que el viaje ha sido un éxito, y he logrado, o más bien hemos logrado, que millones de nosotras, y el mismo sillón y el aire correspondiente de la habitación... —Sofía advierte la impaciencia en el rostro de Lourdes—, bueno, lo que quiero decir, ¡lo más importante!, es que los cientos de miles o millones de las Sofías que hemos viajado al mismo tiempo, hemos experimentado pequeñísimos cambios en nuestro organismo. Esta conclusión la desarrollé y la publiqué hace más o menos un año, la probabilidad es muy alta, variaciones cuánticas o moleculares mínimas que implicarán a corto, medio y por supuesto a largo plazo diferencias apreciables en los distintos mundos o universos. El viaje, y esto también lo comenta Rahján en su teoría, o más bien en sus opúsculos, no ha sido tanto un teletransporte a otro mundo sino más bien la destrucción del objeto u objetos en un mundo, o sea mi destrucción y la del sillón, etcétera, y la creación o construcción de esos objetos, o sea de mí misma, en otro mundo —Hace un gesto de paciencia que molesta a Lourdes, que sigue el hilo del discurso cada vez más alucinada—. Es decir, no nos hemos teletransportado a otros mundos sino que nos hemos destruido en nuestros viejos mundos y nos hemos creado en otros, con pequeñísimas o ridículas diferencias o errores. La perfección es inasumible. Resumiendo, creo que he provocado con el experimento la desincronización de los universos paralelos —Lourdes exhibe adrede un gesto de incredulidad, con los ojos muy abiertos y la mandíbula apretada—. Por primera vez millones de Sofías

somos un poco diferentes, poquísimos. Ya sabía que ocurriría pero no creí que el puente estuviese listo tan pronto, esa es la verdad. No me había asustado tanto hasta que he sido consciente de que lo había conseguido y entonces te he llamado. Me ha cogido desprevenida, entiéndeme, no... para mí también es una locura... estoy asustada.

—No te pongas otra vez nerviosa —insiste Lourdes para tranquilizarse a sí misma. Se sienta en el sillón—. Aunque si de verdad crees lo que estás diciendo, es para estarlo —añade con una mueca y acaricia los reposabrazos con suavidad, balanceándose ligeramente de un lado a otro mientras mira con desconfianza a Sofía y a todo el aparataje que la rodea—. Te conozco. Quieres decirme algo más, ¿verdad?

—Me gustaría que entendieras el alcance de lo que te estoy diciendo.

—Ilústrame —dice Lourdes mordiéndose la lengua.

—Es muy probable que ahora mismo en millones de mundos tú y yo estemos teniendo exactamente la misma conversación porque todavía los pequeños cambios experimentados por las Sofías —Se siente un tanto ridícula al hablar de sí misma en plural y Lourdes aprovecha para amplificar con un gesto ese sentimiento—, no han alcanzado la diferenciación suficiente, o no han afectado a nuestros cerebros o a nuestras conductas, pero estoy convencida de que en otros millones de universos, esta conversación no se está llevando a cabo del mismo modo, o simplemente no se está produciendo, ya que los mínimos cambios introducidos en ese primer viaje han creado una catarata de efectos que han comenzado a diferenciar los múltiples universos, por supuesto empezando por nosotras, por ti y por mí, las primeras afectadas de cada mundo. Puede que en otros millones de mundos hayas tardado una décima de segundo más en llegar aquí después de mi llamada, o yo te haya recibido medio segundo antes, y nuestra conversación sea diferente, o puede que cualquiera de las dos no hayamos pronunciado una frase y todo haya derivado hacia otra conversación y otro futuro, etc... millones de rumbos diferentes dependiendo de cada mundo.

—Es la locura más grande que te he oído decir, y te he oído decir muchas... Joder, el antropocentrismo se queda corto. ¡Es lo más egocéntrico que he oído en toda mi vida! Si no he entendido mal te consideras como una



especie de mini Big Bang humano a través del cual este Universo y los demás empiezan a diferenciarse. ¿Vas a escribir una novela sobre todo esto? ¿Tú escribías, no?

Sofía valora con sorpresa y pesar la ironía de Lourdes mientras esta asume que en la muchacha enjuta y de aspecto vintage que tiene delante conviven sin problema la genialidad y una espléndida locura.

—Si pudiese de nuevo contactar o acceder a otro universo paralelo ya no sería paralelo en el sentido estricto de Rahján, o sea que el viaje sería completamente diferente al primero ya que ahora las Sofías somos diferentes y por eso hay millones de mundos que son diferentes y que poco a poco se diferencian más y más.

—¿Y qué dice tu Rahján de eso?

—No quiero aburrirte con mis supersticiones, así es como las llamas, ¿no? Además, creo que no me estás prestando atención.

—He venido, estoy aquí, ¿no?, y estoy escuchándote y voy a hablarte con sinceridad. Hemos pasado ya por mucho y te aconsejo que lo olvides todo y me hagas caso por una vez, es una chaladura colosal... Ya hemos pasado por cosas así antes. Tú lo sabes.

—De verdad te entiendo pero esta vez es diferente... no es una locura...

—Lo que es diferente es que vas sofisticando y variando tus paranoias y excusas. El año pasado hiciste el ridículo en el congreso con tu exposición...

—Sabía que lo dirías —la interrumpe contrariada Sofía.

—¿Qué quieres que piense? Han sido varias. ¿Qué me dices de toda la paranoia de que te controlaban el móvil y tus ordenadores?

—No voy a hablar de eso ahora. Y a lo mejor no estaba tan equivocada como tú crees. Pero esto es diferente, créeme, por favor. Es un momento único. Si pudieras creerme, fliparías conmigo —La velocidad de sus palabras trasluce la emoción que experimenta—. Sé que parezco una loca, te entiendo, yo también me puedo ver así, es una puñetera locura, hay que probarlo de otro modo, lo sé, lo siento y quiero demostrártelo, quiero que disfrutemos juntas este momento. Realizar un nuevo viaje nos permitiría suponer o demostrar que ha existido ya una conexión, o que no ha existido,

o sea podríamos saber si el viaje que acabo de hacer ha sido realmente el viaje que yo creo, porque el nuevo no sería igual, no daría los mismos resultados. No sé lo que podría pasar, aunque supongo que llegaría a un mundo prácticamente igual a este, casi idéntico, solo que habría otra Sofía... y te encontraría también a ti, a otra Lourdes, en realidad la misma Lourdes excepto por variaciones muy pequeñas, supongo que por ahora despreciables. O incluso a lo mejor viajaría a un mundo todavía sincronizado y no se notaría. No sé, es un lío. Podrían pasar muchas cosas... En caso de que viajase a otro mundo y conociese a otra Sofía, los cambios en ese mundo y en este obviamente se acelerarían, no sé qué podría pasar, toda mi mente se llena de hipótesis —se coge la cabeza con las dos manos y después se frota la cara—. Y no solo mi mente sino la mente de miles de millones de Sofías que han dado origen a su nuevo Universo, que se diferenciará más o menos y de un modo particular del antiguo.

—Estoy alucinando... ¡Necesito salir de este horno! —Lourdes sale airada del despacho de Sofía. Saca un paquete de tabaco arrugado del bolsillo de su cazadora y enciende un cigarro en el pasillo.

Sofía siente cierto alivio por haber compartido su secreto pero teme la reacción de Lourdes. Se reúne con ella y su temor aumenta al ver el modo en que fuma.

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

—¿Que por qué me pongo así...? Tú eres... ¡Me fumo el cigarro y me voy! —Lourdes da una calada interminable a su cigarro y después exhala abundante humo—. ¡Me largo!

—¡Pues vete!

Lourdes apaga el cigarro y se dirige a la salida pero a mitad de camino se detiene y se da la vuelta. Se queda un momento pensando y después se dirige con brío hacia Sofía.

—No puedo entender adónde quieres llegar con todo esto. No puedo... —Lourdes se da otra vez la vuelta, no sabe qué hacer, sus movimientos son tan erráticos como sus pensamientos. De pronto se cruza de brazos y mira al suelo, como si estuviese abrazando alguna idea. Enseguida vuelve a girarse hacia Sofía, que la mira expectante—. Voy a suponer, solo a suponer, que tienes razón... Joder... —exhala ruidosamente

el aire de sus pulmones mientras mueve las manos arriba y abajo—. Y aunque... —Se queda pensativa unos segundos—. Entonces tú quieres hacerme creer que millones de Lourdes están pensando como yo ahora mismo, o sea lo mismo o algo parecido —Se gira bruscamente y niega con la cabeza—. Según tú, millones de Sofías quieren volver a viajar...

—Yo solo quería...

—Si creías que podía funcionar, tenías que haberte detenido, ¿no?

—¿Te crees que no lo he pensado? Muchas veces pero me ha pillado por sorpresa.

—Esto necesita otro enfoque para acabar. Sé que para ti es duro asumir que te equivocas pero es necesario que alguien te lo haga ver. Te la estás jugando. Si mañana Alfonso ve todo esto... ¿Qué hora es?

—Eso es lo que yo quiero, que acabe —Sofía se traga el llanto—. Ayúdame o vete... No voy a permitir que me ridiculices más. No voy a disculparme por hacer ciencia de verdad mientras... Cobrar más y trabajar menos, ese es el mejor proyecto del departamento.

—¿Lo dices por mí?

—Que cambien los mundos suena raro, ¡pero es así siempre!, lo hacemos siempre del mismo modo, ¡eso es lo alucinante! Cada momento cambiamos entre todos nuestro Universo. No somos conscientes de que segundo a segundo y minuto a minuto cambiamos nuestro futuro según lo que hagamos —sentencia Sofía con una expresión de triunfo—. Si el ser humano fuera siempre consciente de eso, sería... Ahora tendremos muchas más oportunidades, miles de millones de nuevas oportunidades. ¿Te das cuenta de eso? Cuando pienso eso, se me encoge aquí... —Se toca el pecho.

—Supongo que habrá alguna Sofía que no se crea lo del viaje —dice con malicia Lourdes.

—Eso es imposible —replica rápidamente Sofía.

Ambas prolongan un silencio incómodo y después Lourdes va al laboratorio. Allí abre la ventana con la intención de consultar el oráculo del fresco poniente pero antes de obtener consejo percibe un extraño olor dulce y una humedad exagerada.

Después de fumarse con rapidez medio cigarro y enturbiar un poco más sus ideas, cierra la ventana, se sienta en un bajo taburete y, con los

codos apoyados sobre las rodillas, reposa la cabeza en la palma de las manos. En el preciso momento en que valora el revuelo que en pocas horas se formará en el departamento, y el mejor modo de quedar al margen, Sofía entra con sigilo.

—¿Hueles eso? —pregunta Lourdes.

—Sí.

—¿De dónde viene?

—Empezó a oler así después de... ya sabes. Puede que sea óxido nítrico u otro gas parecido.

—¿Tanto como para que huela así?

—No sé... Lourdes, si viajase otra vez y pasase lo mismo y las lecturas fuesen las mismas podríamos suponer que han sido dos viajes fallidos, por así decirlo, o por lo menos intrascendentes, y nos iríamos a casa —dice Sofía con una voz dulce—. Lo recogería todo y me iría a casa.

—¿Y si cierras el despacho, nos vamos a dormir y mañana desmantelamos todo y lo pensamos con más calma? Te vas a meter en un lío, y a mí también. ¿Eso es lo que quieres? Vente a mi casa y lo hablamos, lo pensamos bien, hablamos despacio del tema.

—Lo siento. Sé que no me crees pero yo estoy decidida a hacerlo otra vez —dice Sofía muy seria.

—¿El qué? —pregunta Lourdes temiendo la respuesta.

—Lo sabes. Y estoy decidida. Quiero hacer de nuevo el viaje. Si tú estás a mi lado, no me importa. Quiero llegar hasta el fondo. Piénsalo, Lourdes, puede que esta sea la única oportunidad, saldremos de dudas, y de los errores se aprende, lo haremos juntas.

—Si lo que dices es cierto... ¡y no sé por qué entro al trapo!... Aun en el caso de que tuvieras razón, la alternativa más inteligente sería recogerlo todo, no contarle nada a nadie y pensarlo tranquilamente, muy tranquilamente. Estás siendo muy irresponsable, no te pega nada. Además, y esto sí que es indudable, Alfonso se va a cabrear mucho como se entere de lo que has hecho. Te la estás jugando, tenemos que terminar con esto.

—No, Lourdes. Tengo que llegar hasta el final... No tengo nada que me ate a este mundo.

—¿Para eso me has llamado? ¿No querías mi consejo? Me has

dicho que haríamos lo que yo quisiera.

—He cambiado de opinión. Voy a hacerlo y tú darás fe de lo que ocurra.

—No lo haré.

—Me da igual. Es mi decisión y no puedes impedirlo.

—¿Tú decisión? Si siempre dudas de todo, ¿por qué ahora estás tan segura? Además, no es tu decisión, según tú sería la decisión de toda la Humanidad, ¿no crees?... De millones de Humanidades... ¡Qué puta locura! —Lourdes se queda mirando fijamente a Sofía—. Tómame otra pastilla y recapacita. Solo te pido eso.

—No necesito más pastillas. Estoy completamente segura y voy a hacerlo.

—No voy a permitirlo, ¿me oyes? ¡No lo permitiré!

Sofía ignora la vehemente advertencia de Lourdes y se va a su despacho decidida a consumir su objetivo. Después de madurarlo durante unos segundos Lourdes va a buscarla.

—Sé sincera conmigo —dice Lourdes desde la puerta—. Habías decidido hacerlo antes de llamarme, ¿verdad? Solo me has llamado para que lo vea y sea testigo de tu éxito. Crees de verdad que vas a viajar a otro universo y me has hecho venir para que se lo cuente al resto del mundo —Sofía se detiene y la mira un momento—. Puede ser peligroso —Lourdes se acerca a ella y le coge la cara con las dos manos—. No lo hagas, por favor. Tengo miedo de lo que pueda pasar, no quiero que te pase nada —Besa la mejilla de Sofía, que cierra los ojos y siente el vértigo del amor—. Por favor...

Sofía le coge las manos para llevarlas a su pecho pero las libera con una sonrisa que se cierra con poca naturalidad. Sigue con los preparativos ante la frustración de Lourdes, que se sienta en el sillón y se impone calma para consumir su objetivo de hacerla entrar en razón.

—¿Y esos pendientes?

—Me los regaló mi madre.

—Te quedan bien. Antes de que sigas, me gustaría que me explicases exactamente lo que haces.

Sofía se detiene un momento y mira a Lourdes, admira su belleza y

detesta el poder que tiene sobre ella. Supone que es una treta pero tiene tantas ganas de revelar los detalles técnicos de su experimento que empieza a describir de un modo sintético y fingidamente frío las principales líneas de investigación que lo han posibilitado. Lourdes la escucha atentamente. Algunas veces se pierde y otras es consciente de la brillantez del discurso. A medida que la somera explicación llega a su fin, Lourdes lucha con más fuerza contra sí misma para no dar ni la más mínima credibilidad a lo que está escuchando.

—¿Cuánto tardarás en tenerlo todo listo?

—Quince minutos.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿Cuánto tardarás en leer los resultados?

—Unos minutos.

—¿Y por qué tienes que viajar tú? ¿No es suficiente hacerlo con el sillón? Comprobamos qué pasa y... ¡no te cierres en banda!

—Tengo que hacerlo yo —Niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque sí...

—Esa no es una respuesta.

—Es mi respuesta —insiste Sofía.

—¿Y si lo hacemos con un animal? Un perro, un gato o uno de esos ratones de los biólogos.

—¿De dónde vamos a sacar ahora un ratón?

—Lo buscamos. No tiene por qué ser ahora.

—No me manipules como a una idiota...

—No te manipulo... ¡Ya sé! Si quieres hacerlo ahora y que sea algo vivo, utilizaremos un insecto. Supongo que con un insecto valdrá aunque no entiendo por qué tiene que estar vivo, ni tampoco entiendo por qué hay que hacerlo ahora... Bastaría con un objeto, supongo...

—Tengo que hacerlo yo —dice Sofía con las rodillas hincadas en el suelo mientras teclea a gran velocidad.

—¡Qué cabezona eres! Hazlo por mí, por favor. Ganaremos tiempo y después decidimos... ¿Es que no puede hacerse con una mosca u otro

insecto?... Contéstame solo a eso...

—Supongo que sí... pero...

—¡No hay pero que valga! —exclama Lourdes—. Además, te lo juro por mi hermana Marta, si lo intentas hacer tú...

—¿Por qué tu hermana Marta? Si te llevas mal con ella.

—Pues porque sí... me ha venido ella a la cabeza, no tiene importancia, no me líes...

—Pues hay que jurar por alguien importante, si no, no vale.

—Pues te juro por mi coño que si intentas hacerlo tú te detendré. No podrás hacerlo, llamaré a la policía. Te lo juro... Buscaremos un insecto o una araña. ¿Vale?... ¡Sofía, te estoy hablando!

—Te he oído, no hace falta que grites —dice Sofía sin dejar de mirar a la pantalla.

—¿Y qué me dices?... Por favor... —dice con una musiquilla suplicante.

—Es más lioso...

—Tú prepáralo todo, yo voy de caza —Lourdes se pone a buscar algún bicho en el despacho pero no lo encuentra—. Joder, con todo este papel de aluminio es imposible...

—No lo rompas, ten cuidado.

—Tengo que reconocer que lo del apantallamiento es ingenioso... —Lourdes piensa en arrancar el papel de las paredes para abortar los planes de Sofía—. ¿Te acuerdas de la película *La mosca*? ¿Y si te hubiera pasado algo parecido? Suponiendo que hayas viajado, claro.

—No necesito tu condescendencia.

—Hija, no estás contenta con nada de lo que digo. Ahora vuelvo.

Sofía admira el perfecto movimiento del culo de Lourdes embutido en los vaqueros y, con cierta carga de culpabilidad o vergüenza, reconoce que le ilusiona más estar con ella que el éxito del viaje.

Lourdes entra en su despacho, enciende un flexo y lo acerca a la ventana. La abre de par en par. La luna creciente y una estrella se hacen compañía. Las hojas de los álamos murmuran razones de poco peso. Otra vez se topa con ese inquietante olor dulce y se vuelve a sorprender de la excesiva humedad del aire del campus. Pronto acuden a la luz algunos

insectos que considera demasiado pequeños y de pronto, inconsciente del peligro, una hermosa polilla se acerca con un vuelo aparentemente anárquico. Con poca destreza y mucha voluntad Lourdes logra atraparla sin causarle apenas daño.

Media hora después, mientras la polilla sigue intentando atravesar el aire sólido del cristal del vaso donde ha sido confinada, Sofía coloca con cuidado el teléfono móvil de Lourdes sobre la mesa para grabar el desarrollo del experimento.

Cuando todo se ha adecuado a la trascendencia del viaje, incluidos sus nervios, ambas salen del despacho.

—Me siento como si estuviera en una de esas películas raras de ciencia ficción de adolescentes. ¿En qué piensas? ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada. Pienso en los cambios que he hecho... —cierra definitivamente la puerta.

—¿Cuánto tenemos que esperar? —pregunta Lourdes apoyada en la pared del pasillo al tiempo que enciende un cigarrillo.

—La cuenta atrás terminará en... —Sofía mira su reloj— ...cuarenta y... dos segundos. Así que podremos entrar en un minuto.

—¿Y ya está?

—Ya está, pero no sé, tengo la sensación de que se me ha pasado algo.

—¿Algo de qué? —pregunta Lourdes—. No me digas eso. ¿Aquí estamos seguras?

—La suerte está echada... Gracias por venir —Sofía la mira con cariño—. Si supieras cómo te lo agradezco...

—No me lo agradezcas. He venido a joderte, nunca he deseado tanto que algo salga mal.

—El beso que me has dado antes... ¿Por qué lo has hecho?

—¿No puedes dejar nunca de ser científica? —dice Lourdes—. Me apetecía y ya está. No me mires así. No imagines nada raro... Era para convencerte de que no hicieses una locura.

—¿Crees que estoy loca? —pregunta Sofía.

—A la vista está. ¿Tú no lo crees? Míranos. Esta es la mayor locura



que he visto en este mundo... ¡Y no solo en este!

Las dos sonríen y después enserian. Se miran con una mezcla de complicidad y desconfianza, con la misma impaciencia y curiosidad pero con aspiraciones diferentes.

—¡Ya está!, podemos entrar.

Lourdes abre la puerta despacio pero con vivo interés.

—Tal y como imaginaba, sigue ahí—dice Lourdes con soberbia al entrar en el despacho, ocultando su satisfacción—. La polilla en el vaso, y el sillón... están en el mismo sitio —Mira de reojo a Sofía, que se adelanta y comprueba que el vaso sigue intacto—. Lo siento, Sofía, sé que...

—¡Tú móvil no está!, ha desaparecido.

—¡Mi móvil! —repite Lourdes atónita—. ¿Dónde está? —Mira hacia todos lados y en el suelo—. ¿Cómo es que ha desaparecido?, ¿qué significa eso? ¿Lo has cogido tú?

—¡Yo no he cogido nada!, ¿para qué?, tú me has visto todo el rato, hemos salido juntas... La polilla sigue ahí pero el móvil... No lo entiendo... —Palpa la mesa donde se encontraba el móvil—. He tenido que calibrar algo mal...

Sofía se precipita a leer los registros de los diversos medidores y comprueba que no coinciden con los anteriores. Lourdes empieza a sudar, se quita la cazadora y la arroja con fuerza a la mesa pero acaba en el suelo.

—¿Adónde vas? —pregunta Lourdes cuando Sofía sale corriendo del despacho.

—¡Al laboratorio!

Lourdes la sigue perpleja y se reúne con ella. Observa cómo Sofía analiza los resultados muy nerviosa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Lourdes con la cara desencajada después de oír un fuerte golpe.

—Creo que viene de mi despacho —dice Sofía levantándose de la silla—. Se habrá caído algo.

Ambas se quedan inmóviles, aguzando el oído, y al poco tiempo escuchan otro ruido, ahora más leve y duradero que el anterior. Lourdes agarra el brazo de Sofía.

—Creo que hay alguien en el departamento —dice Sofía

asustada—. ¿Qué hacemos?

Lourdes ajusta el dedo índice a sus carnosos labios para exigir silencio. Ambas intentan escuchar algo más pero no oyen nada. Sofía se encamina lentamente hacia el pasillo.

—¿Qué haces? —susurra Lourdes reteniendo a su compañera.

—Voy a ver qué pasa.

—Espera... Voy contigo —dice Lourdes sin moverse.

—Pues vamos.

—Dame un minuto —Lourdes intenta combatir sin éxito su miedo.

Las dos se dirigen acobardadas al despacho de Sofía y cuando llegan a la puerta se llevan el susto de sus vidas porque ven un cuerpo tendido al lado de la mesa.

—Soy yo... Es mi ropa... —murmura Sofía después de quitarse la mano de la boca, con el corazón todavía desbocado—... es otra Sofía... no puedo creerlo... Y hay otro sillón. Tenía razón, madre mía, lo sabía, Lourdes, lo hemos hecho... —Tiembla. Su cara está rota de emoción—. Lo he conseguido, Dios mío —Se agita de un modo extraño—, lo conseguí, lo conseguí... —En su cara se confunden mil sentimientos.